

XXV Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo C.

P. Félix Jiménez Tutor, escolapio

Escritura:

Amós 8, 4-7; 1 Timoteo2, 1-8; Lucas 16, 1-13

EVANGELIO

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Un hombre rico tenía un administrador y le llegó la denuncia de que derrochaba sus bienes. Entonces lo llamó y le dijo: - ¿Qué es lo que me cuentan de ti? Entrégame el balance de tu gestión, porque quedas despedido.

El administrador se puso a echar sus cálculos: -¿Qué voy a hacer ahora que mi amo me quita el empleo? Para cavar no tengo fuerzas; mendigar me da vergüenza. Ya sé lo que voy a hacer para que, cuando me echen de la administración, encuentre quien me reciba en su casa.

Fue llamando uno a uno a los deudores de su amo y dijo al primero: -¿Cuánto debes a mi amo?

Éste respondió: -Cien barriles de aceite.

Él le dijo: -Aquí está tu recibo; aprisa, siéntate y escribe "cincuenta".

Luego dijo a otro: Y tú, ¿cuánto debes?

Él contestó: Cien fanegas de trigo.

Le dijo: -Aquí está tu recibo; escribe "ochenta".

Y el amo felicitó al administrador injusto por la astucia con que había procedido.

Ciertamente, los hijos de este mundo son más astutos con su gente que los hijos de la luz. Y yo os digo: Ganaos amigos con el dinero injusto, para que, cuando os falte, os reciban en las moradas eternas.

El que es de fiar en lo menudo, también en lo importante es de fiar; el que no es honrado en lo menudo, tampoco en lo importante es honrado. Si no fuisteis de fiar en el vil dinero, ¿quién os confiará lo que vale de veras? Si no fuisteis de fiar en lo ajeno, lo vuestro, ¿quién os lo dará? Ningún siervo puede servir a dos amos: porque, o bien aborrecerá a uno y amará al otro, o bien se dedicará al primero y no hará caso del segundo.

No podéis servir a Dios y al dinero.

HOMILÍA

EL DIOS DINERO

“Antes de afiliarme a la iglesia Metodista estudié la vida de John Wesley, fundador de esta denominación religiosa.

John Wesley en su primer año de profesor de la Universidad de Oxford ganaba 30 Libras, un buen sueldo en el año 1700.

Para vivir necesitaba 28 Libras, las dos que le sobraban las daba a los pobres.

Su sueldo aumentaba cada año, pero sus gastos seguían siendo los mismos, 28 Libras.

Así cuando ganaba 60, daba 32.

Cuando le subieron el sueldo a 90, daba 62.

Cuando ganó 120, 90 eran para los necesitados.

Cuando llegó a ganar 1400, se desprendió de 1372.

Hizo esto durante toda su vida. Esto me impresionó. He aquí un hombre que vivía su fe.

Testimonio de Dorothy Okray.

En nuestros días los filántropos Warren Buffet y Bill Gates en su afán por incrementar las donaciones para la caridad predicán los mismos principios: “Decidan no lo que pueden dar sino lo que necesitan para vivir y luego den todo lo demás”.

Cada loco con su tema y es verdad.

Los amantes del fútbol discuten durante la semana las jugadas y los errores del árbitro.

Los fans de la música se extasían en los conciertos de sus ídolos y conocen todas sus canciones.

Los maestros hablan de los alumnos de la ESO.

Los curas, de las colectas.

Jesús, según el evangelio de Lucas, tenía obsesión por el tema “dinero”.

“Ay de vosotros los ricos”...

El joven que no le siguió porque tenía muchas riquezas.

Hace dos domingos escuchábamos este aviso de Jesús: “El que no renuncia a todos sus bienes no puede ser discípulo mío”.

Hoy nos dice: “No se puede servir a Dios y al dinero.

Había un administrador que era ladrón...

Sin embargo, Jesús, agradable sorpresa, no habló nunca del sexo, esa debilidad humana e invento de Dios al que ricos y pobres tienen acceso.

La Iglesia, a ejemplo de Jesús, debería hablar menos de sexo y más de amor.

El dinero es invento si no del diablo, sí de los hombres y sólo lo gozan unos pocos.

¿Qué hacer con el dinero? ¿Qué predicar sobre el dinero en la iglesia?

En nuestra sociedad, el dinero es el dios que mueve todos los hilos y anuda todas las relaciones.

Hablamos de dinero sucio, de blanquear el dinero, de economía sumergida, de todo por la pasta, de corrupción, los periódicos y los noticieros están llenos de nombres de hombres corruptos, de los que se venden por dinero, de administradores astutos que se enriquecen y aseguran el futuro estafando a los demás.

A todos estos servidores públicos que tienen tanto poder y administran los dineros de todos y también a nosotros que, en menor escala, nos vendemos y rezamos al dios dinero, Dios nos preguntará y la sociedad tiene que investigar las riquezas mal adquiridas.

“¿Qué es eso que me cuentan de ti?”

Para nosotros, los creyentes, Dios es el dueño de toda la creación y todas las riquezas de la tierra que habitamos son patrimonio de la humanidad.

Nosotros somos los administradores de esta gran finca, “creced, multiplicaos y dominad la tierra” dijo Dios en el principio. Tiene que haber alimentos para todos.

El peligro, tentación real, que corremos es practicar el antievangelio, levantar vallas y muros, excluir a los demás y satisfacer nuestra avaricia.

Ser administradores es también una oportunidad para vivir de acuerdo con el evangelio de Jesús.

Como Wesley y Bill Gates y tantos hombres buenos, el cristiano calcula lo que necesita para vivir y el resto lo pone al servicio de los que no tienen nada.

Jesús nos dice hoy una frase lapidaria que se pega a la memoria y que decimos más para justificarnos y defendernos que para cumplirla.

“No podéis servir a Dios y al dinero”.

Los matrimonios se divorcian “por incompatibilidad de caracteres”.

Dios y el dinero son una pareja imposible por incompatibilidad de caracteres, de sensibilidades, de prioridades, de celos, de rivalidades, de justicia...

Jesús nos invita a elegir.

Los hombres de hoy, muy a gusto en su piel, en sus negocios, satisfechos con el dinero al que rezan veinte veces al día, al que dedican todo su tiempo y su astucia ya han hecho su elección.

Al negocio de la salvación y a su Salvador le dedican poco tiempo y poca astucia.

Es un negocio que no interesa, no sale en la televisión luego no puede existir. Y sin embargo es el único negocio que debiera preocuparnos inmensamente.

La Iglesia, administradora de muchos bienes materiales, corre también el peligro de acumular, de dejarse seducir y ensuciar por el dinero injusto. Una de las acusaciones de los de afuera y de los de dentro es su inmensa riqueza y la poca transparencia de sus negocios. Sus cuentas son el secreto mejor guardado.

La Iglesia más que una oportunidad tiene la obligación de practicar y vivir el evangelio de Jesús, su Señor, de escuchar el clamor de los pobres y de poner todos sus recursos al servicio de los necesitados.